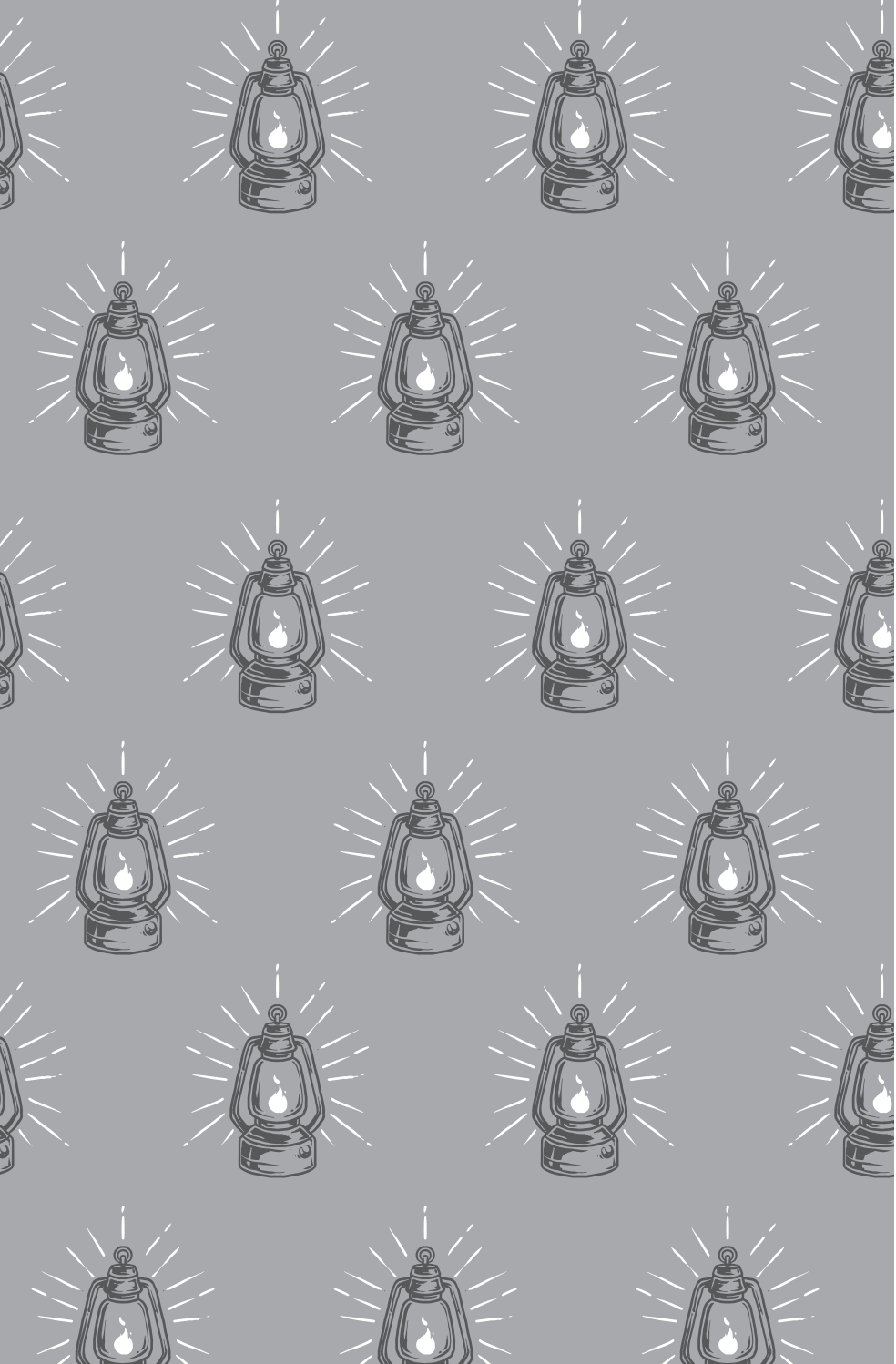


# I BUSCANDO UNA PALABRA





En los tiempos de los primeros monjes cristianos, de las Madres y Padres del desierto, muchos buscarían a esos anacoretas experimentados en el camino de la fe para pedirles un logion, una palabra edificante, un consejo para su vida espiritual. Esas frases se fueron acumulando en un tesoro de proverbios y máximas que siguen siendo una luz para quien emprende el viaje. Lo han sido también para mí, junto con las experiencias y palabras de tantísimos otros testigos, antiguos y contemporáneos.

Imaginé entonces, para correrme un poco del medio, qué me diría un ermitaño al que me acercara para preguntarle sobre los núcleos fundamentales de una práctica espiritual sana, consistente y transformadora. Yendo a las cuestiones de base, sin perderme en temas periféricos, en el intento de encontrar ahí esa brújula a la cual el título de este libro hace referencia. Un norte, un horizonte hacia el cual caminar. No se puede pretender tener todo claro y resuelto. Es más, intentar hacerlo ahogaría la búsqueda. Pero sí tener ciertas orientaciones que permitan caminar, que den un marco en el cual moverse. La vida es más grande que cualquier esquema, pero es amiga de esas líneas fuerza que nos permiten darnos bordes para movernos.

Como hoy no es tan fácil encontrar a estos sabios (aunque están y son más de los que uno imaginaria), me gustaría que esta pequeña obra fuera para vos un “ermitaño de bolsillo”. Un pedacito de desierto al cual acudir, una celda monástica a mano donde puedas encontrar una palabra que te oriente, un consejito necesario para volver a encender el fuego y continuar con tu peregrinación. Ojalá que algo de lo que encuentres en estas páginas te pueda acompañar, te permita ponerle nombre a alguna de tus búsquedas y te regale al menos un chispazo de la Presencia Amorosa que está detrás de toda sabiduría y toda experiencia.

## Ponerse en camino



En mi despacho de la parroquia tengo, hace ya unos años, una réplica del cuadro de El Bosco *El vendedor ambulante*. Aunque me gusta más otro de los títulos que se le ha dado, *El viajero*. En él, un hombre domina la escena. Todo parece indicar que está a punto de iniciar un recorrido, quizás una peregrinación. Antes de lanzarse al camino abierto que lo espera detrás de una tranquera todavía cerrada, echa una última mirada atrás, donde una serie de símbolos e imágenes sórdidas hablan de un pasado al que se renuncia. Por el contrario, del otro lado todo es campo abierto, verde y naturaleza que aguardan ser recorridos por este peregrino.

Me gusta tener esta imagen en mi oficina porque muchas de las personas que se acercan a conversar allí conmigo están, de alguna manera, en una situación similar. A punto de comenzar un proceso, de dar el primer paso, de continuar un itinerario o de cerrar un ciclo. Y por supuesto, también me recuerda que yo estoy de paso, y que siempre estoy en el primer casillero del tablero, en ese perpetuo comenzar que es la vida misma. Así me siento también ahora, al escribir estas páginas. ¿Qué es lo que ocurrirá conmigo cuando esta obra se termine? No tengo

modo de saberlo. Y quizás, al empezar esta lectura, vos te sientas también así.

Tal vez ya en esta certeza encuentres algo para tu norte, para el viaje que estás por comenzar o ya estás realizando. Todos estamos en camino, en marcha hacia un algo más. Y, como el vendedor de El Bosco, nos sentimos a veces dubitativos, inseguros con respecto a la senda elegida. ¿Estamos yendo por el buen camino, o, por el contrario, nos hemos equivocado? ¿No eran mejores las cosas antes?

Nadie puede responder esa pregunta sino vos. Pero tal vez, en las páginas que siguen, puedas encontrar algo para empezar a construir tu respuesta o para dar más profundidad a las preguntas, que es mejor todavía. Sea como sea, y estés donde estés, ojalá pueda transmitirte que no estás en soledad. Somos una multitud incontable de caminantes. Y el campo abierto te espera, lleno de promesa y esperanza.

**¿Te animás a que demos juntos  
un primer paso?**

# Habitar la ciudad<sup>1</sup>



Una de las cosas que siempre nos complican el camino espiritual es pensar que, si tuviéramos otro contexto más amigable, seríamos gente de mayor vida interior, servicialidad, compasión, etc. Y a menudo ocurre que nos lamentamos tanto por las condiciones hostiles a la espiritualidad de nuestra existencia que no explotamos sus potencialidades.

Esto lo veo especialmente en quienes vivimos una existencia urbana. El ruido, el vértigo, el frenesí, el hacinamiento propio de quienes pasan sus días en las grandes ciudades de hoy parece hacer imposible un camino con espíritu.

Y, sin embargo, tantos lo han hecho antes de nosotros. El cristianismo nació en un contexto rural, pero muy rápidamente fueron las ciudades su primer lugar de desarrollo. A partir de allí, la ciudad, con todas sus

---

1. Este apartado le debe muchísimo a Madeleine Delbrêl, a quien leo desde mi juventud, y a Pierre-Marie Delfieux, fundador de las fraternidades monásticas de Jerusalén, que tienen una vida monacal en contextos urbanos. A Madeleine y sus textos se los encuentra fácilmente en internet; a Pierre Marie, no tanto, pero a ambos vale la pena buscarlos.

complejidades, se ha vuelto un símbolo de ese lugar donde, sin negar todo lo que tiene de oscuro, doloroso, difícil, anónimo, también puede ser un espacio de plenitud, de encuentro con Dios, de crecimiento del corazón.

Madeleine Delbrel, una mística urbana del siglo XX, lo decía con mucha claridad: “Dios no nos ha dado una vida en la que no podamos amarlo”. Por eso, el desafío es habitar el rincón del mundo donde estamos (esa tierra que somos nosotros también), para encontrar allí los potenciales espacios de desarrollo espiritual.

¿Esa cola del trámite interminable no será el espacio para pulir la paciencia? ¿Y este embotellamiento, una posibilidad para un rato de oración tan desprolija como genuina?

Es cierto que la ciudad nos exige una mayor disciplina: no tiene los ritmos naturales de los espacios rurales, donde es más fácil entrar en ciclos, en rutinas, en serenidad. Pero también es real que es un espacio lleno de humanidad, donde podemos encontrarnos con la Presencia Amorosa en tantos rostros, sabernos llamados al servicio a través del encuentro con sus dolores y a la gratitud con los mil chispazos de belleza que ella nos presenta. Nadie duda que para vivirlo así necesitaremos de silencio, oración, quietud y todo lo que más habitualmente asociamos con una vida espiritual. Pero nuestro contexto no es un enemigo de esta vida. Es el combustible que la alimenta.

Algunos de los capítulos del libro tendrán pequeños ejercicios y propuestas para cultivar esta espiritualidad urbana, tan necesaria. Y mucho más posible de lo que a veces imaginamos.



## **EJERCICIO**

Aprovechá alguna salida a la calle para mirar y escuchar con más atención. Fijate en la naturaleza que aparece aun a pesar del cemento y el barullo (por todas partes hay vida vegetal, animal y humana abriéndose paso). Más todavía: mirá a las personas que están a tu alrededor. Intentá intuir las luchas, las búsquedas, los anhelos detrás de esa gente desconocida. En cada uno de ellos hay algo sagrado. ¿Qué reflexión te inspira? ¿Qué oración te despierta?

# Vida en abundancia



Uno de mis textos preferidos de los Evangelios está en el Evangelio de Juan. Jesús dice: “Vine para que tengan vida y la tengan en abundancia”. De alguna manera el centro de una vida espiritual está ahí. En una plenitud que se ofrece, en algo que no es simplemente para después de la muerte, sino que transforma nuestra existencia en el aquí y ahora.

En la Biblia, hay dos palabras que se usan para hablar de la vida: *biós*, la vida biológica que transcurre en el tiempo y *zoé*, que significa “vida eterna”. La vida espiritual es esta última, es nuestra existencia cotidiana que se abre a ese “algo más” (o Alguien más) que nos ofrece una manera distinta de vivir lo de siempre, que nos lleva a otro nivel de profundidad, de anchura, de altura. Pueden elegir la dimensión que quieran, la idea será siempre la misma.

Puede parecer una obviedad, pero constantemente me encuentro con personas de todos los caminos espirituales que parecen arrastrar su vida más que llevarla, y que, en vez de encontrar en sus tradiciones y sus prácticas una ayuda, parecen cargar con otro peso más. Lo más probable es que esas prácticas no sean malas en sí mismas (aunque a veces sí), pero sí que no hayan pasado por el tamiz de la elección profunda, que no sean algo propio, genuinamente

de uno. Y eso no es decir que broten del sentimiento, sino, como decía, de una opción discernida y consciente, nacida del corazón, de adentro hacia afuera. Como dice una de mis frases preferidas: “No es tan importante si es algo bueno o si es malo, sino si es mío”.

Por eso, una de las preguntas fundamentales a la hora de ver cómo llevar una vida espiritual, cómo incorporar algo nuevo o descartar algo viejo, una de las preguntas fundamentales es: “¿Esto me da vida o me la quita?”. Si no está al servicio de la vida, debería ser expulsado de nuestro corazón. A veces la cuestión no será suprimir algo, sino cambiar su enfoque, su frecuencia o su intensidad. En otras ocasiones tendremos que hacer nacer algo que todavía no encontró su lugar, pero lo está pidiendo. En más de una oportunidad son los malestares los que nos revelan dónde tenemos que desplegar algo nuevo.

¡Ojo! Que eso no quiere decir que neguemos lo incómodo, lo desafiante, lo difícil. Igual que un árbol se poda para crecer, también nosotros necesitamos de lo arduo para desplegarnos. No hay crecimiento si no aceptamos también que la realidad nos lleva a lugares incómodos, que la fricción es una dimensión ineludible del camino. La vida necesita de cuidado amoroso y ternura, pero también del desafío para poder desplegarse más plenamente. Por eso también los retos nos entusiasman y alegran, porque nos conectan con lugares íntimos del corazón que nos recuerdan nuestro llamado a algo grande. Lo importante es que los roces y los golpes sean fricciones e incomodidades necesarias y no dolores buscados porque sí.

Este don inmenso que nos transforma también necesita ser elegido. La Biblia en ese sentido no habla tanto de mal y bien como de vida y de muerte. “Elegir la vida” es de lo que se trata hacer un camino espiritual. Cultivar esa vitalidad como algo precioso a través de las mil y una pequeñas opciones.

¿Y en qué consiste esta vida? Creo que no se la puede definir del todo, pero todos conocemos las expresiones de una vida espiritual plena: la libertad, la alegría, la paz, la ausencia de miedo y la unidad interior del corazón son algunas de ellas, pero no las únicas. Seguramente, a medida que vaya pasando el tiempo, le pondremos distintos nombres a nuestro deseo de plenitud. Para algunos será encontrar sentido, para otros sanación, para otros el encuentro con Dios, esa presencia amorosa que nos convoca con cada pequeño tirón del alma hacia la felicidad y el amor.

Lo importante es recordar ese norte que busca articular todo camino espiritual: hacer la vida vivible, y no solo eso, sino plena, rica, desbordante, luminosa. Hacerla vida en abundancia.

### **EJERCICIO**

Esta semana, buscá conectar con algo que te inspire. No importa si es rezar, ir a un recital, encontrarte con una persona amiga... lo fundamental es que sea algo que, independientemente de su forma, te vitalice, te haga respirar aire fresco en el sentido más profundo de la palabra. ¿Cuándo fue la última vez que te permitiste algo así?

# La vida espiritual es un todo o no es nada



Ya sé, suena duro el título. Pero es simplemente porque quiero subrayar algo que a veces se nos escapa: ser espirituales no se trata de condimentar un poco nuestra vida con algún que otro momento de interioridad o espacio ritual. Mucho menos cultivar algún tipo de práctica que no incide en nada en nuestra vida. Si lo espiritual, como ya hemos visto, es antes que nada un adjetivo, entonces se tratará de ver cómo infundir vida a la vida, como soplar un aire nuevo en los pulmones de nuestra existencia. Y esto no es solo para un aspecto de nuestro caminar, sino para su totalidad.

¿Esto quiere decir que si no vivimos todo a rajatabla y completamente no somos espirituales? Quiero creer que no, porque si fuera así estaríamos fritos. Pero sí que esté en el horizonte, como fuerza que nos impulsa y unifica, el deseo de que cada aspecto de nuestra vida esté lleno de presencia, y esto implica una serie de elementos que quizás ayude describir un poco más.

Lo espiritual quiere ser siempre integral: abarca todas las dimensiones de la vida. Cómo vivimos la relación con

nuestra interioridad, con nuestro mundo psicoafectivo, con nuestra sexualidad, con el cuerpo... todo eso de alguna manera es alimentado y alimenta nuestro itinerario. Pero la cosa no se detiene allí. Se trata también de buscar también los modos a través de los cuales nuestros vínculos, nuestro trabajo, nuestro mundo estén llenos de presencia amorosa y consciente. De encontrar las maneras para hacer resplandecer al menos un poco de esa Luz que nos invita a caminar y dejarnos transfigurar por ella.

Por eso es bueno recordar, particularmente, que no se puede vivir una vida espiritual sin conciencia de lo corpóreo y material. Que no podemos construir un verdadero camino espiritual sin conciencia social. Y, convergentemente, que no podemos pretender una verdadera transformación de la realidad sin un trabajo serio y dedicado sobre nosotros mismos, que somos parte de dicha realidad y por ella somos afectados (cada vez que alguien se olvida de esto, hace desastres).

### **EJERCICIO**

A alguna de esas actividades que normalmente te parecen carentes de sentido, te dan fiaca o hasta evitás, buscá agregarle algún pequeño momento de conciencia, un instante de oración o de pausa silenciosa antes de encararla. Que pueda ayudarte a descubrir que todo puede vivirse desde un lugar más profundo, y que, cuando lo hacemos, eso también se llena de espíritu.

# Saber buscar



Un camino espiritual empieza, casi siempre, con alguna buena pregunta. Solemos tenerles miedo a los interrogantes. Nos incomodan, nos desinstalan, nos interpelan. Pero también por eso mismo nos despiertan. Las buenas preguntas dejan la piel más finita y ponen nuestros pies en marcha.

Nunca deja de sorprenderme que, en el Evangelio de Juan, la primera vez que habla Jesús no es para hacer una gran afirmación, una declaración solemne o proponer algo, sino para dirigirles una pregunta a quienes luego serán sus primeros discípulos: “¿Qué están buscando?” (Jn 1, 34). Como todo buen maestro, sabe que lo más importante no es llenar de contenido las mentes de quienes se le acercan, sino disparar procesos transformadores.

Si hoy tu deseo es llenar de espíritu tu vida, si estás justamente por transformarte, enriquecer tu camino, darle un giro o simplemente comenzar algo diferente, tal vez lo primero sea, entonces, aprender a buscar. Recibir una pregunta que te permita iniciar una peregrinación hacia una parte nueva de vos mismo, de vos misma, abrirte a eso nuevo y desconocido que llega cuando la búsqueda nos visita.

Salir a caminar, a deambular por la ciudad, por la calle, para mí siempre refuerza ese estado de búsqueda. Salir sin una meta fija, pero atentos a lo que se presenta, dispuestos a recibir lo que ese recorrido nos pueda traer.

Sé que esto implica algo con lo que a veces nos cuesta llevarnos bien, que es tomar conciencia de que algo nos falta. Pero solamente cuando nos hacemos amigos de la carencia, cuando el sentimiento de ausencia se permite calar con intensidad, que podemos empezar un proceso verdadero. Entonces también hoy me permito tomar esas primeras palabras de mi Maestro y regalarte, como posibilidad, ese interrogante:

## ¿Qué estás buscando?

### **EJERCICIO**

Anotate preguntas que tengas en este momento. Intentá ir hacia las más profundas. No importa si no ves modo de responderlas (esas son las mejores). Ponelas en algún lugar donde puedas mirarlas a menudo. No les tengas miedo. Son un fermento de vida. Que te ayuden a tener la mirada despierta y no escaparte de esos interrogantes.



# Saber perderse



Aunque tal vez ya te pasó, te lo quiero decir ahora, porque inevitablemente en el camino ocurrirá: tarde o temprano, uno se pierde.

Por alguna patinada existencial, porque se agotan las estructuras de la vida que nos están sosteniendo o porque algún azar no pone en una situación tan imprevisible como desconocida, nos quedamos fuera de nuestra cotidianeidad sin saber muy bien qué hacer ni para dónde ir. Me encanta, en ese sentido, que para decir “perdido”, en italiano se usa a veces la palabra *spaesato*, que quiere decir algo así como que te quitaron tu pueblo, tu aldea. Estás en territorio ignoto, ese que los antiguos mapas indicaban a veces llenos de monstruos y peligros.

Quizás justamente fue el ya haber tenido esa experiencia lo que te trajo a buscar un camino más espiritual (le sucede a más de uno) o tal vez estás lejos de sentirte así. Pero es imposible transitar la vida sin que en algún momento esto ocurra, con mayor o menor intensidad.

Nos da miedo perdernos. En esas instancias no solo no sabemos hacia dónde ir, sino que tampoco sabemos cómo volver. Nos sentimos particularmente frágiles, vulnerables, ansiosos e incómodos.

Y, sin embargo, muchas de las mayores gracias de la vida nos llegan en esas ocasiones. Tal vez porque justamente es entonces cuando podemos empezar a elegir hacia dónde ir. O porque el peso del pasado se hace más ligero o, al menos, comprendemos que no era tan condicionante como lo habíamos pensado. O quizás simplemente porque estamos más frágiles y esas resquebrajaduras internas le dan permiso a Dios para meterse en nuestra vida. Me gusta siempre recordar eso que decía Juan de la Cruz, un gran viajero del espíritu: “Para llegar donde no sabes / has de ir por donde no sabes”. Nadie llega a crecer visitando siempre los mismos lugares del alma.

Dicho esto, no es que se trate de permanecer allí, sino de ir dejándose transformar por la experiencia para llegar a un nuevo modo de ser, a una conciencia más profunda de sí. Por eso me animo a compartirti tres consejos para esos momentos:

1. **Tenete paciencia:** No se sale del laberinto a las corridas. Es necesario permanecer en la incomodidad de ese estado para que se afine nuestra sensibilidad y podamos encontrar la punta del ovillo que nos permita regresar.
2. **Buscate acompañantes:** Hablaremos de eso en un apartado del libro, pero acá se hace especialmente importante. Puede ser una persona, una comunidad, o idealmente, ambas cosas. Pero no dejes de buscar a quienes te sostengan, al menos

para que puedas exteriorizar lo que te pasa y tener algún tipo de caja de resonancia.

- 3. Registrá lo que te pasa:** Escribir, grabarte, dibujar... lo que te permita tener alguna materialización de lo que estás atravesando. Pensalo como dibujar tu itinerario/mapa interno. Ese mismo que después te va a permitir identificar el proceso que te lleve a descubrir ese nuevo territorio que sos vos mismo, vos misma.

Que puedas aceptar la fecunda vulnerabilidad de perderte y así abrirte a caminos nuevos de la vida.

### EJERCICIO

Volvé sobre alguna experiencia que hayas tenido y que te haya hecho sentir que te perdías, que no te encontrabas. ¿Qué fue lo que surgió de esa experiencia? ¿Pudiste sacar algún fruto? Si es así, podés tomar registro de eso como una memoria esperanzadora, como un pasado que puede ayudarte en momentos futuros de desorientación. No necesariamente para repetir recetas, sino para poder inventar nuevos caminos. Porque ya sabés que lo podés hacer.

## Basta de gurús...



En una charla con una persona muy sabia, de esas a las que les baja data de la buena, me dijo una frase que resonó y continúa resonando en mí: “Basta de gurús”. Me di cuenta de que había puesto en palabras una de las certezas que hace ya tiempo me acompaña. Pero es probable que sea necesario darle un poco de contexto.

No se trata, por supuesto, de rechazar la necesidad de acompañamiento y referentes en el camino espiritual, cosa que, por otro lado, nos dejaría sin trabajo a mí y a varios colegas. Pero sí de tener un marco adecuado que nos permita ubicar qué lugar ocupan este tipo de personas en tu búsqueda, y también que quienes estamos al servicio no olvidemos un par de cosas.

Lo primero que esta frase me trae es que nadie, absolutamente nadie, puede ocupar el lugar de tu conciencia y tus elecciones en tu itinerario. Un buen acompañamiento siempre nos ayudará a ser más libres, más capaces de discernir, más en contacto con nuestro propio deseo. Y esto, me animo a decirlo, vale para todo tipo de seguimiento, independientemente de la espiritualidad o afiliación religiosa de cada uno. Es necesario hacerse cargo de la propia libertad y las consecuencias que ella trae.

Para quienes realizamos este servicio de acompañamiento de distintas maneras, es bueno también recordar que siempre hablamos desde el camino, jamás desde la meta. Hasta que nos toque cruzar el umbral, somos peregrinos. Y podremos, por supuesto, ofrecer la riqueza de nuestra experiencia y nuestro saber. Pero si eso no está condimentado con una abundante cantidad de humildad, corremos el peligro de intoxicar a las personas que se confían a nosotros. Y todos, en mayor o menor medida, somos siempre acompañantes y acompañados. Necesitaremos a su vez personas que nos sigan, nos confronten y contengan. La historia reciente nos muestra lo terriblemente dañina que es la sacralización de las personas con este rol o servicio. Olvidar que son tan humanas como cualquiera es peligroso para ellas y para quienes se acercan a ellas. Nos infantiliza, y esto se trata de madurar.

Entonces, si la persona o la comunidad que te acompaña no te está ayudando a ser más libre, a pensar por tu cuenta, a discernir... corrí en la dirección opuesta lo más rápido que puedas.

Basta de gurús, además, porque toda búsqueda es colectiva. La vida espiritual tiene, por supuesto, un componente individual muy importante, porque tiene que ver con el autoconocimiento, el vínculo personal con Dios, el desarrollo de la propia vocación. Pero es imposible realizar este proceso sin ayudarnos mutuamente. He perdido la cuenta de todas las veces que una intuición, una experiencia de una persona a la que acompañaba me ayudó en mi propio viaje para luego ser yo quien diera una mano, sostuviera o aportase una luz al camino de esa

misma persona. Esto no es una coincidencia feliz: es el modo en el que el recorrido está pensado, es la naturaleza misma del camino. Todos seremos maestros y aprendices al mismo tiempo. Todos somos parteros recíprocos.

## ... pero no de acompañantes



Así como uno tiene que huir de esos gurús truchos iluminados, también es cierto que necesitamos algún tipo de acompañamiento en el camino. Es algo que está en todas las tradiciones espirituales, pero también en la vida en general. A veces hoy escucho frases como “vos sos tu propio maestro” y me parece que son tan equivocadas como sofocantes. ¿Quién puede enseñarse todo a sí mismo? Hasta el autodidacta más orgulloso en algún momento tiene que agarrar un libro y aprender de la experiencia de otros.

Por eso es bueno buscarse acompañantes. Acá la palabra clave es esa: “acompañar”. Es decir, no alguien que te diga qué hacer; no una persona que te dirija en ese sentido, sino alguien que te ayude a escuchar y escucharte, que te pueda dar buenas orientaciones y sobre todo que, por el mero hecho de que la veas con una cierta frecuencia, te ayude a mantener atento y despierto en tu caminar.

Es importante tener presente que tu acompañante no tiene que ser una figura iluminada e impoluta (de hecho, te diría que huyas de esas), sino alguien con experiencia y con quien vos te puedas sentir con comodidad para abrirte. Son los dos requisitos básicos. Si tenés confianza,

pero no te suma el encuentro, es una linda relación, pero no acompaña. Pero si no hay clima que permita abrirse, imposible que se pueda dar el encuentro.

Si encontrás a esa persona, hace bien explicitar ese deseo, ese propósito. Decirle que querés hacer un camino en conjunto. Eso hace más claro el espacio y también le da libertad al potencial acompañante de decir que sí.

Tal vez no sea fácil al principio encontrar quién nos acompañe. O puede ocurrir también que pasemos algún tiempo sin acompañamiento. Pero no son buenos estados del alma. Hace bien tener esa presencia sencilla que nos ayude en el camino. Y tené también paciencia. Hasta que uno encuentra su ritmo, su estilo de trabajar juntos, puede pasar un cierto tiempo.

No se trata tampoco de que esa persona resuelva todas tus preguntas y necesidades espirituales (nadie puede hacerlo). Pero sí de tener el hábito de que alguien pueda ser un sostén, que tampoco será el único, en tu camino. Nos cura de muchos autoengaños, nos abre a la experiencia de otros, nos ayuda a escucharnos con más nitidez.



# La fe no es un tapa-agujeros



Puede sonar raro que lo diga, pero estoy convencido de que hay un idealismo que puede ser muy dañino para nosotros cuando hablamos de lo espiritual. La concepción de que ser alguien espiritual es ser una especie de Superman a quien nada ni nadie le hace mella, que no tiene preguntas, dudas, inquietudes o angustias nos hace a veces desalentarnos antes de comenzar. Y pensamos que todo lo que implique desprolijidad, imperfección es un impedimento para hablar de fe o espiritualidad.

Y, sin embargo, la realidad es otra y muy distinta. Hablar de tener fe no es negar la fragilidad de lo humano ni mucho menos pensar que cultivar una vida espiritual sea vivir alejados de los inevitables matices de nuestra cotidianidad.

No se trata entonces de querer usar la fe como un tapa-agujeros que nos permitiría vivir sin cuestionamientos, sin heridas, sin preguntas. Por el contrario, una existencia espiritual nos va quitando los sedimentos que tantas veces se acumulan en nuestro interior y nos impiden vivir y sentir con más profundidad. Si se trata de vivir, entonces hay que vivirlo todo, y abrir eso a la Presencia Amorosa que nos convoca.

Por eso una de las imágenes que más me gusta para pensar en la fe es la de caminar. Es decir, ponerse en movimiento de modo tal que siempre una parte nuestra está firme en el suelo, pero otra se arriesga y se mueve por el aire. Como tenemos esto tan naturalizado, ni siquiera lo percibimos. Pero la realidad es que constantemente nos estamos poniendo en vuelo parcial. Y eso siempre implica al menos una dosis de inseguridad.

En el camino, necesariamente, va a haber mucho que no sepamos. Está bien tener preguntas. Y que las respuestas no lleguen de inmediato.

En el camino nos vamos a caer mil veces, queremos regresar, tendremos ganas de quedarnos al borde sin avanzar más. Es parte del proceso. La vida siempre es más grande que los esquemas.

En el camino habrá momentos donde nos topemos con nuestros traumas, nuestras ambigüedades y miserias. No son errores, encontrarnos con eso es necesario para seguir creciendo.

Una de mis frases preferidas de la Biblia se la dice Dios a san Pablo, uno de los primeros cristianos: “Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad”. No se trata de hacer todo bien. Muchas veces, por el contrario, la sabiduría se encuentra en saber confiar nuestra debilidad al Amor que nos conduce. Y eso necesita de mediaciones concretas: nuestros terapeutas, compañeros de camino, acompañantes espirituales. Las personas y las comunidades donde podemos mostrar esa fragilidad de la que tantas veces huimos. Cuando lo hacemos, una parte más de nuestro corazón se abre a la luz y puede integrarse, en vez de quedar relegados.

Entonces que la fe no sea un tener todo claro, ni mucho menos una declaración de firmeza. Sino el gesto de una confianza (en Dios, en el otro, en uno mismo, en la vida y sus procesos) que se construye lentamente. Paso a paso. Un poco volando, un poco afirmando. Fe sincera, hecha del barro y fuego que somos.

# Encontrá tu tribu



Para mucha gente hoy el camino espiritual es una experiencia solitaria. Pareciera, por lo que implica, que es algo profundamente personal e individual. Y si bien es cierto que hay un montón de cuestiones que hacen a una elección propia, a construir el camino de uno mismo, a encontrar y cultivar nuestra singularidad, también quiero decirte esto con toda la claridad que tengo a mano: es imposible hacer esto sin otros. Como dice Boba Fett, uno de mis personajes preferidos de Star Wars: “Uno no llega lejos sin tribu”. Sé que esto hoy es casi contracultural, porque estamos bastante acostumbrados a que todo dependa de uno y pareciera que cualquier tipo de logro es más importante cuanto más en solitario se haya conquistado. Pero la experiencia muestra que, sin algún tipo de experiencia comunitaria, el desarrollo espiritual es una ilusión inalcanzable.

Esto no quiere decir simplemente que compartir con otros nos da descanso y contención. Ni tampoco que se faciliten recursos en el trabajo en conjunto. Todo esto es cierto. Pero también es real que algún tipo de espacio comunitario, de vida compartida nos saca de las fantasías con respecto a nosotros mismos, despierta dones y nos pone en tensión de servicio y vulnerabilidad al mismo tiempo. Compartiendo

con otros somos necesariamente confrontados con nuestras fragilidades y también descubrimos nuestros dones, que de otra manera no encontraríamos.

Entonces, si realmente quieres hacer un camino espiritual, te aconsejo esto, quizás por encima de todo: encontrá tu tribu. Buscá algún tipo de espacio de comunidad, por pequeño que sea, donde con una cierta frecuencia te puedas encontrar a compartir búsquedas, trabajar sobre tus inquietudes, volver a descubrir por qué elegiste hacer un camino espiritual.

Y no se trata de que sea un conjunto de ángeles perfectos sin errores (ninguno de nosotros lo es). Al contrario, es nuestra debilidad la que muchas veces nos une. Un autor decía que, así como el cemento que pega los ladrillos está hecho de cosas frágiles como arena y agua, también nuestra debilidad compartida es la que suele hacer los lazos más fuertes de todos.

Es cierto que a veces el camino compartido tiene, por esa misma fragilidad, su dimensión exigente. Nos pone delante de nuestras inmadureces, nos quita la máscara que tan trabajosamente construimos para convencernos de una cierta imagen de nosotros mismos. No por nada los monjes decían que a veces la máxima penitencia era simplemente el vivir juntos.

Pero si uno logra sostener esos vínculos nuestro amor se transfigura y podemos experimentar una incondicionalidad transformadora. Hay que tener y tenerse paciencia. En el perdón cotidiano y simple vamos también consolidando la certeza de nuestra bondad profunda, de que somos más que nuestras miserias y que hay algo luminoso buscando

emerger cada vez más si tenemos con nosotros mismos la compasión que otros nos tienen.

Y es también a través de ese tejido lento y constante de lazos como vamos descubriendo qué es lo que nosotros tenemos para aportar. Soy un convencido de que encontramos nuestra vocación en gran parte gracias a lo que otros descubren en nosotros, en lo que nos piden e invitan a desplegar (no es solo esto, por supuesto, pero quizás sí sea lo que menos tenemos en cuenta al pensar en encontrar nuestra misión). Por eso también una comunidad es el espacio para encontrar nuestro don más personal.

Creeme que te digo todo esto desde una certeza profunda y personal. Tanto que solo estoy escribiendo esto porque hoy una amiga de un grupo en el que estoy se comprometió a recordarme todos los días que me siente a escribir. Sin tribu no se puede, pero con una podés llegar más lejos de lo que te habrías imaginado.

### **EJERCICIO**

Si ya tenés alguna comunidad, proponé algún encuentro con ellos. Pero si todavía no la tenés... ¿te animás a armar una? No tiene que ser mucha gente (hace un tiempo armé un grupo de reflexión con dos personas más. Eso para mí ya cuenta como una, por ejemplo). Pero sí vale la pena declarar la intención: compartir en un nivel más profundo, pensar juntos, tener algún tipo de meta, al menos a corto plazo. Estoy seguro de que ya pensaste en algunas personas mientras leías. ¡Animate!

# Cultivar la gratitud



Pocas cosas transforman tanto el corazón como la gratitud. Trabaja todos los músculos del alma al mismo tiempo: nos enseña a vivir más atentos, cultiva el asombro como actitud que impide dar nada por sentado, desarrolla vínculos y mantiene vivas la esperanza y la alegría. Es el mejor alimento del espíritu. Desarrollemos un poquito más esto.

- **Vivir más atentos:** Cuando desarrollamos la gratitud, aprendemos progresivamente a no dar las cosas por descontadas. La atención es al mismo tiempo raíz y fuente del agradecimiento, porque nos permite descubrir el don en cada cosa y nos ayuda a alimentar más todavía esa conciencia.
- **Cultivar el asombro:** Solemos identificar el asombro con la novedad, pero en realidad este nace de la distancia que uno toma de lo cotidiano para encontrar allí una luz distinta. Como dice Pablo D'Ors, la madurez espiritual pasa mucho por encontrar lo desconocido en lo familiar. El que aprende a agradecer vive de la mano del asombro y nace a cada momento.

- **Desarrollar vínculos:** Cuando recibimos algo y agradecemos, la experiencia de eso bueno que se nos regala va más allá de sí misma y construye un puente hacia otros. Nos damos cuenta de que la vida está llena de presencias. Nos liberamos de esa sensación de desprotección o competición que tantas veces nos puede invadir. Saber no solo sentirse agradecidos, sino poder expresarlo es una de las acciones que más engrandece el corazón, tanto el propio como el ajeno.
- **Mantener vivas la esperanza y la alegría:** Ni una ni otra nacen de la nada, sino que necesitan algo que las alimente. La esperanza en un futuro distinto se trabaja en el presente, de muchas maneras. Esta es solo una de ellas, pero es importante, porque cuanto más estamos atentos al hoy como regalo, más también podemos atrevernos a soñar y a construir un futuro distinto. Y la alegría encuentra sus raíces más profundas cuando se nutre de la presencia del amor, de la experiencia del don.

Por todo esto, creo que trabajar el agradecimiento nos mantiene auténticamente vivos. Dedicarle un momento por la mañana y por la noche, para abrir y cerrar **el día**, le da al tiempo diario un tono de regalo fundamental que nos permite ver todo desde otra perspectiva.



### **EJERCICIO**

No arranques el día de hoy sin pensar al menos en tres cosas para agradecer de la jornada que comienza. No lo termines sin tomarte el tiempo para agradecer al menos tres cosas del día que pasó. Vas a ver que el día empieza y termina muy distinto.

# Se trata de vivir lo cotidiano



Una de las cosas que nos ocurren a menudo es la de pensar que lo espiritual va por un carril separado del resto de nuestra existencia. Tendemos a concebirlo como un paréntesis (“me voy de retiro para cargar las pilas y volver después a la dura realidad”), como algo extraordinario (“hice un viaje que me voló la cabeza”), pero el problema es cuando solo es un paréntesis, cuando únicamente aparece en lo extraordinario, parece que nuestra vida espiritual es algo que tira de nuestra vida cotidiana. Hasta que o se separa de ella o sacrificamos nuestras cosas de todos los días para entrar en una especie de burbuja que suele ser muy difícil de sostener.

Pero si, como te decía antes, la vida espiritual es algo integral, entonces lo cotidiano tiene que ser el lugar donde se cultiva, se expresa y a la vez encuentra su alimento. Si no, nos arriesgamos a pensar que nuestras cosas diarias y la espiritualidad son enemigas. Y eso nos destruye.

Entonces, cuando nos abrimos a esta mirada distinta sobre nuestra cotidianidad, podemos comenzar un camino más genuino y real. Que de eso se trata, de estar abiertos a lo real. Si bien todo en este libro quiere ayudarte en ese sentido, acá simplemente te diría, a modo de comienzo,

que el punto de partida es darles a nuestras rutinas el beneficio de la duda. El tener una mirada más receptiva que permita entender que, si estamos lo suficientemente atentos y receptivos, cada oportunidad puede volverse una revelación. Cada momento diario puede dejar de ser algo gris y convertirse en una transparencia de un mensaje más profundo. En ese sentido, la ciudad nos puede presentar siempre alguna novedad que nos ayuda a no darlo todo por sentado, a estar atentos a lo que se presente como una posibilidad para el asombro, una fuente nueva para la mirada.

Nos corremos, además, del peligro de una vida disociada, porque nos damos cuenta de que se trata de centrarse en lo real, de entender que todo se juega en las pequeñas opciones cotidianas por ser más compasivos, más pacientes, más amorosos con los demás y con nosotros mismos. Y Dios deja de ser un visitante infrecuente para ser un compañero de cada hora.

No se trata, por supuesto, de que todo esté bien, perfecto, o de negar lo que duele, pesa o cuesta. Más bien se trata, justamente, de poder convivir con eso y de que podamos ir un poco más profundo para no quedarnos solo en los lugares de roce o de chatura. Y de que nuestra vida espiritual nos permita transitar esos lugares incómodos o grises con otro tipo de actitud, más serena, confiada y hasta alegre.

# Hay que desear mucho



Muchas personas cuando piensan en la vida espiritual la asocian a una suerte de represión, de sojuzgamiento de nuestra vitalidad, de nuestro deseo, y de nuestras pasiones. Nada más lejos de la realidad. Encauzar, seguro; ordenar, también. Pero si hay algo necesario para poder encarar un proceso espiritual es reconocer el deseo, amigarse con él y darle espacio para que se inflame y acreciente.

Tener una vida espiritual es quizás la empresa más grande que un ser humano puede encarar. Y toda gran empresa necesita corazones encendidos, amigos del fuego y la pasión.

Una de mis frases preferidas de los Evangelios le hace decir a Jesús: “He venido a traer fuego sobre la tierra ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!” (Lc 12, 49). El fuego siempre es un símbolo privilegiado de lo divino, por ser algo que transforma lo que toca haciéndolo semejante a sí mismo. Y por expandirse sin límites si se le permite hacerlo.

Dios, por eso mismo, lejos de ser un enemigo del deseo, es su aliado. Quiere ponernos en contacto con nuestros anhelos más profundos y nobles. Solo cuando ellos crecen el corazón se pone, por decirlo así, a la medida del mismo

Dios. Un buen deseo ensancha el alma, la prepara para esa presencia amorosa.

### **EJERCICIO**

Registrar los sueños de la infancia y la juventud. Volver a esos momentos, por inocentes que nos puedan parecer ahora. ¿Qué de esos sueños hoy sigue siendo deseo? ¿Qué fuego sigue ardiendo ahí? Vale la pena anotarlos, trabajarlos, cribar un poco esas imágenes que en la niñez y juventud nos marcaron, para tomar nota de lo que hoy subsiste.

# El perdón, esa palabra tan difícil (y necesaria)



Ponerse en camino implica reconocer también la posibilidad de que uno se pierda, se confunda, se equivoque, se lastime o lastime a otros. Aceptar la marcha como modo de vida es también, como dice un autor, muy elegantemente, coquetear con el suelo. Las patinadas, los traspiés, son inevitables elementos de la peregrinación.

Por eso también es muy importante incorporar el perdón como una herramienta fundamental para integrar toda esa parte nuestra que, de otra manera, queda en la sombra, congelándonos e impidiéndonos avanzar.

Es necesario entender que solo se puede crecer desde la ternura, tanto con uno mismo como con los demás. Te diría más todavía: hay cosas de la vida que uno solo aprende cuando se sienta en la escuela del perdón. Porque no se trata de no equivocarse. Ni mucho menos de hacer todo bien. Sino de vivir, y vivir es, también, fricción, errores, lastimaduras.

Ahí es donde podemos dar ese paso de la reconciliación. Con nosotros mismos, sin duda. Perdonarse nos saca de esa mirada obsesiva y narcisista que no permite el error. Y desinfla el ego como pocas cosas. Nos permite al

mismo tiempo integrar el pasado sin escaparse de él ni reprimirlo. Y nos abre al futuro de posibilidades.

Pero la cosa no acaba ahí. Animarse a pedir perdón probablemente sea una de las experiencias más difíciles pero también necesarias para crecer. Te diría que es un gran verificador de nuestra madurez. Es verdad que es un riesgo, pero, aun si del otro lado no encontramos una respuesta satisfactoria, es un riesgo que siempre rinde frutos. Nos regala la humildad de tener bordes y nos pone en un lugar más consciente del límite por eso mismo.

Y a la hora de perdonar a otros, un par de cosas que creo importantes. La primera es que perdonar no implica negar la necesidad de un proceso que inevitablemente implica verdad y justicia. Menos todavía que las cosas vuelvan a ser iguales después de perdonar. A veces es justamente el cierre necesario para que quien nos lastimó deje definitivamente de ser parte de nuestra vida. Pero, así como es preciso no caer en relatos que nos revictimizan, también es fundamental saber que quien no perdona por sobre todo se hace daño a sí mismo. No se trata de perdonar para cambiar al otro, sino para entrar en un circuito de libertad que nos saca de la espiral de la violencia. Quien perdona se da cuenta de que es más que la herida que nos hayan provocado. El alma se llena de aire fresco cuando uno puede dar al menos un paso pequeño en esa dirección.

Perdonamos para transformarnos, aceptando que es un largo proceso a veces y que no siempre sabemos cómo y cuándo terminará. Pero la alternativa —no

perdonar— siempre es peor: nos esclaviza al pasado y a la bronca, sin dejarnos ir a ningún lado.

### **EJERCICIO**

Te propongo alguna pequeña práctica de reconciliación. Si tenés la costumbre del sacramento, podés ir a confesarte. Pero no es el único modo. Acá en mi parroquia hacemos a veces con los jóvenes un pequeño ritual del fuego. Podés encender un fueguito (¡en un lugar seguro, por favor!) y luego escribir en algún papel algo que necesites perdonar o que sea perdonado. Tomate tu tiempo. Y después, arrojalo a las llamas. Que ese gesto pueda ser como una bendición, un recuerdo de que, como decía el hermano Roger de Taizé, “Dios enciende un fuego con las espinas de nuestro pasado”. Probablemente no será todo, pero será un paso importante para seguir avanzando hacia la reconciliación con vos y los demás.



# Paciencia y esperanza



Quizás una de las cosas más importantes a tener en cuenta a la hora de emprender el viaje sea esta: te va a llevar mucho más tiempo del que te imaginás llegar al lugar deseado. Es muy normal que al emprender un itinerario espiritual, al comenzar esta peregrinación, sientas la mordida del apuro. Es de lo más comprensible: en parte porque vivimos sumergidos en una cultura del acelerar que mira con poco aprecio la lentitud. También porque suele ocurrir que uno arranca estos procesos cuando algo no anda bien. ¿Y quién quiere permanecer en el malestar? Todos queremos salir volando de ahí.

Pero es necesario tener una cantidad enorme de paciencia. Entrar en el ritmo del espíritu lleva tiempo, y uno no va más rápido a fuerza de tratarse mal. Casi podríamos decir que es una relación de proporcionalidad directa: a mayor profundidad del proceso que encaro (personal, comunitario, familiar, social), más necesidad de esa virtud humilde pero fuertísima que es la paciencia.

Sostenerse en esos procesos no es fácil. Por eso a la paciencia siempre hay que sumarle la esperanza, tan necesaria. La esperanza nos ayuda a atisbar los chispazos de futuro que serán el fuego de mañana. A ver más hondo,

más allá de la ironía, el cinismo, el falso realismo (porque ninguna de esas cosas baja a la realidad más profunda) y poder percibir que en lo que estamos haciendo hay un “para qué” que nos permite seguir andando. Vaclav Havel lo decía hermosamente: “La esperanza no es, en absoluto, lo mismo que el optimismo. No es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, independientemente de cómo resulte”.

Por eso es clave que paciencia y esperanza se sienten a conversar en la mesa del alma. Para que el trabajo artesanal que está llevando adelante la paciencia no se detenga frente a los inevitables desvíos, fracasos y caídas. Y para que el impulso de la esperanza pueda aprender a convivir con lo posible, lo que ese pequeño paso logró, lo que se está dando a luz tan lenta como verdaderamente. Pero, además, porque la esperanza tiene mucho que ver con poder ver el “ya” que es necesario para compensar ese “todavía no” que a veces nos atormenta un poco. Poder ir viendo lo que la meta va anticipando en los pasos del aquí y ahora.

Emprender este modo de ser y hacer nos acerca al corazón de Dios, esa “celestes paciencia” que con ternura moldea el mundo y los corazones. Ese que necesita personas pacientes y esperanzadas, alejadas de toda violencia, capaces de ver el mañana en el hoy y de trabajar por él con alegría.

## **EJERCICIO**

Este es matador, pero a mí me ayuda. Hacé algo que no se pueda hacer velozmente. Podés elegir el nivel de dificultad, desde ir caminando a un lugar al que podrías ir en transporte público o auto hasta plantar algo (a mí personalmente me gusta cocinar cosas que no puedo acelerar, como pan o carnes para desmechar). Seguramente sea un poco sufrido, pero la paciencia tiene mucho de muscular. Esa fricción inicial se va reduciendo cuanto más trabajamos ese lugar tan poco visitado del alma que es el que pertenece a la paciencia.

## Con decisión y ternura



Sé que va a sonar a lugar común, pero emprender una vida espiritual es una decisión a renovar cotidianamente. Se trata, como dice un texto de la Biblia, de “elegir la vida”. De comprometerse con el propio proceso con el deseo de ir cada día más hondo. Es importante recordar esto porque constantemente experimentamos el tironeo de lo que san Pablo llamaba “el ser humano viejo”. El grito de nuestras esclavitudes, el llamado de lo superficial que nos invita a corrernos, el natural impulso a escapar de lo incómodo. He constatado esto en mi vida: no hay crecimiento sin un nivel importante de autotrascendencia, de ir a veces a contrapelo de nosotros mismos. No siempre va a ser fácil, no siempre va a estar el deseo a flor de piel, no vamos a tener ganas en más de una ocasión. Lo cual no quiere decir que tengamos que caer en una actitud fría y voluntarista. Por el contrario, conectar con la belleza, con las motivaciones fundantes y lo que nos sostiene en la esperanza es fundamental para no desanimarse.

Pero, junto con esto, es necesario saber que nos vamos a caer mil veces. Y ahí se juega uno de los aprendizajes más importantes: el de levantarse a uno mismo con dulzura. Lo enseñaba ya en el siglo XVII un gran místico,

Francisco de Sales, cuando recordaba que no teníamos que sorprendernos de nuestras patinadas. Si bien puede ser que a veces necesitemos un sacudón más fuerte para salir de los callejones sin salida en los que nos podemos meter, la mayoría de las veces vas a avanzar mejor si aprendés a tratarte con ternura en tus caídas. Lo otro suele tener más de nuestro orgullo herido que no logra convivir con nuestras ambigüedades que otra cosa. Y el perfeccionismo queda desterrado cuando vamos aprendiendo a renacer desde la dulzura, que no es poca cosa, porque es uno de los enemigos más peligrosos del camino espiritual. Hace muchísimo mal al alma, porque trae como frutos el resentimiento, la envidia y la peor de todas las enfermedades: la desesperación.

No nos asombremos de nuestra debilidad. Aprendamos a convivir con ella, no solo porque eso nos va a permitir levantarnos y retomar más rápidamente, sino porque con esa dulzura con nosotros mismos también aprendemos a ser más compasivos con el otro, que está peleándola también. De eso muchas veces se tratan nuestras caídas: de aprender a través de ellas a mirar con más humildad el camino del otro y saber ayudar y pedir ayuda cuando sea necesario.

### **EJERCICIO**

Empezá algo HOY. alguna de las prácticas de este libro, alguna propuesta que sientas que enriquece tu vida. Te recomiendo algo chiquito, pero empezalo con decisión. Si te sirve, escribí

en alguna parte alguna especie de pequeño voto, de promesa. Hacer promesas nos hace bien, nos conecta con nuestra capacidad de orientar nuestro futuro. Animate a hacerlo, y fíjate a dónde te lleva. Y si llega algún momento de caída con respecto a ese propósito, a levantarse con ternura y seguir.

# Aprender a celebrar



Hablaremos más adelante con detalle de los rituales, pero más allá de las manifestaciones puntuales, es muy importante no perder el sentido de la celebración. O mejor aún es importante darse cuenta de que, como dice Pablo D'Ors, "Un buscador espiritual es quien asume la responsabilidad de que el mundo sea una fiesta".<sup>2</sup>

Este camino es, por supuesto, arduo por momentos, pero siempre tiene que llevarnos a conectar con el sentido profundo de la vida, de las cosas, de nuestra existencia. Y es la fiesta la que nos regala esto. Encontrar modos simples y creativos de festejar, de darles color y sentido a través de símbolos y palabras a los pasos importantes es fundamental. Es aprender a tener pequeños y grandes momentos que realcen lo cotidiano y nos permitan calar en su sentido. Las fiestas no son un paréntesis, sino que son un puente entre lo ordinario y lo extraordinario. Desempolvan nuestros ojos para que podamos ver con más claridad lo que hay detrás. Por eso no puede faltar en la vida espiritual el goce, la música, el placer que nos lleva a entregarnos. No siempre tendremos las mismas ganas,

---

2. Pablo D'Ors, *Biografía de la luz*.

pero siempre habrá algo que pueda despertar en nosotros el sentido de la fiesta. Por eso, en la tradición católica, se dice que la liturgia, la celebración, es al mismo tiempo fuente y cima, inicio y consumación. Cuando se aprende a festejar, se ha encontrado una de las grandes vertientes para una vida feliz.

### **EJERCICIO**

Pensá un pequeño festejo por algún acontecimiento lindo de la semana o del mes. No hace falta demasiado. Quizás una pequeña reunión de amigos, o algún ritual extra, o simplemente un gesto que a vos te recuerde que ha ocurrido algo distinto y que eso amerita alguna forma de expresión. Eso es empezar a vivir la fiesta, y a darse cuenta de que eso, por personal que sea, jamás puede quedarse en uno. Necesita compartirse. Al menos en algo tan simple como una mirada alegre, como una sonrisa que sabe de la alegría.